



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

17 de marzo de 1888

Núm. 20



LA VENDIMIA DE LOS NIÑOS

Ayuntamiento de Madrid



## EL ASNO DE MARICUELA

(Conclusión)



uerte tenía Maricuela en que aquel tunante se hallase dormido; porque, si tal caso no se hubiera dado, de cierto que peligraba el *Parducho*, asno vistoso y gordo, que peores que él los hurtaban los gitanos todos los días cuando á éstos les daba por aparecer en aquellos campos.

Dilatando el morro, estirando el cuello, tiesas y muy en punta las orejas, al pica que pica de la vara de Maricuela, no ya trotando, sino al vuelo, como el caballo mitológico, iba el *Parducho* camino adelante, cargado con la medrosa muchacha, que de tiempo en tiempo volvía atrás la cabeza, temiendo que el bandido hubiese despertado y al verla se echara en su persecución.

Ya por cima de la mancha oscura y de la masa de tonos verdegrises del robledal, descubrió el campanario y las casas de la Fresneda, aldea colocada en una meseta muy lindamente y cual si aquel montecillo se hubiese alzado allí para sostén del pueblo; cuando de pronto, una voz bronca, una palabra ceceante y áspera, amedrentó á Maricuela.

—¡Arto, mi prenda! ¿Dónde va, cachito e gloria? Abájate de eze estudiante, que vaz á zalirte por la ronda, que no hay peores espuelaz que el aguijón de la mosca, y está eze querubín dezazonao, con un avizpero en er nío de los vientos.

Quedóse parado bruscamente el *Parducho*, poniendo en riesgo á su ama de ser arrojada al suelo; y Maricuela, fijos los ojos, sintiendo escalofríos de terror, miraba á un hombrón como de cuarenta años, faz horrible, boca desdentada, cabeza ceñida por un raído pañuelo de color, bajo un mugriento y ancho sombrero: llevaba unos calzones abiertos y con alamares por bajo, una chaquetilla corta y una ancha y guiñaposa faja colorada.

—Déjeme en paz seguir por mi camino y á la buena de Dios,—exclamó Maricuela, trémula de miedo.

—Niña mía, mi gloria,—replico bronca y fieramente, con acento zalame-ro y felino, aquel gato salvaje;—bájate, mi prenda, y déjame el azno, que es, por Dios, un burro muy lúsio, y te prometo que he de venderle mu bonitamente en la feria; y cuidiao con la sin güeso, que, si hablas palabra á ser nacio, te corto la lengua con las tijeras lo mezmo que ze corta una hilacha.

Y no hubo medio: Maricuela, amedrentada, pálida, tuvo que bajarse del *Parducho*, y, sin proferir grito alguno, ahogando las quejumbrosas é iracundas protestas por miedo á la navaja que, abierta y empalmada, hacía brillar al sol el espantoso gitano, dejó que éste se apoderase del asno, y muda hubo de contemplar como el bohemio montaba en su *Parducho* y desaparecía con él por el intrincado y espeso robledal.

El *Parducho* desaparecía para siempre á sus ojos, sin duda. Aunque fuese á quejarse á la justicia en la Fresneda, nadie habría de atenderla temiendo las terribles represalias que acostumbran á tomar tales bandoleros; y aun ella, ella misma, se espantaba recordando la amenaza que de cortarle la lengua con aquellas espantosas tijeras le había hecho el gitano.

—¡Oh, miren, miren y que desgraciada nací de madre, que me han robado el único tesoro que teníamos, el más vistoso asno y la mejor ayuda para nuestro trabajo! ¡Ah, maldecida de mí, y qué torpe anduve al no volverme atrás cuando *vide* aquel ladrón dormido que hallé pocos pasos de aquí, puesto que





El otro país de Adolfo

habría de recibirla de mal modo, tal vez achacando á torpeza de la muchacha la pérdida del asno, y saciando en ella la ira que la noticia del caso le produjese.

ellos son como los *piejos*, que en topando uno toda la cabeza es comida de miseria! ¡Torpe soy, torpe soy!

Y con esto se aporreaaba llorando y muy afligida, sin moverse del mismo sitio, temerosa lo mismo de proseguir hasta la Fresnoeda, donde ya nada tenía que hacer, puesto que á ella le era imposible echarse á cuestras los sacos de trigo con que hubiera cargado á el *Parducho*, que de tornar al molino, donde seguramente su padre



Reid cuanto queráis, pero ello es lo cierto, que jamás resonó voz alguna de artista renombrado en los oídos de sus admiradores ebrios por embeleso de escucharle, jamás trompa heroica alguna conmovió con sus notas triunfales al guerrero vencedor, nunca la inspirada y pomposa entonación de la poesía épica enardeció las almas, como á la mañana siguiente, después de una noche de angustia y cuando aún afligida y amedrentada no se atrevía á penetrar en el molino, hubo de sobresaltar, emocionar y enardecer á Maricuela el estruendoso, chillón, rugiente, cómico, espantable y heroico rebuzno del *Parducho*, que desgarrando el aire venía como celebrando una victoria.

Al fin apareció á trote largo, orejas aguzadas, mosqueo en el rabo, feliz y libre, aquel hijo pródigo de vuelta al hogar, aquel secuestrado que tal vez por valor y astucia jamás conocidos conquistara su independencia.

Nunca se supo cómo pudo realizarse tan afortunada y feliz escapatoria, y, para martirio de cronistas y narradores laboriosos, quedaron en el misterio las hazañas de aquel astucísimo asno. Sólo diremos que Maricuela, lanzando un grito de alegría, se arrojó á abrazar el cuello del *Parducho*, y la pesada cabeza del asno quedó sobre el hombro de la muchacha, que resoplaba gozosa, en tanto que Maricuela, pegando á ella su mejilla y besándola luego, exclamaba, haciendo por la alegría revelación del fundamento de aquella su selvática amistad:

—¡Anda, rico! ¿Ya estás aquí? Pues ¿cómo *tas* podío escapar? ¡*Aluego* dirán que los animales no tienen *sentío*!

Y lloraba y reía al decir esto, añadiendo:

—¡Pues si eres nuestra riqueza! ¡Pues miren si he de alegrarme que el viejo nada ha sabido y van á decir que es cosa de brujería! Pero ¡anda con Dios, que ya tenemos en casa el sostén de mi padre!

Y con esto queda dicho que puede justificarse muy bien el entrañable cariño de Maricuela á su *Parducho*.

Bien sé que, á los lectores de esta heroica aunque al parecer trilladísima historia, no les habrá satisfecho desconocer el arte ó modo por los cuales el *Parducho* había logrado su redención. ¿Se vió asaltada la tropa de gitanos por alguna patrulla de la Guardia Civil, y en la confusión de la refriega escapó el *Parducho*? ¿Mordió éste con sus dientes el ronzal ó la traba, como un preso lima sus grillos, y pudo escaparse en el silencio y la oscuridad de la noche? Admitida cualquiera de estas suposiciones, hubiéramos satisfecho á los curiosos con una mentira, codiciado deleite de las gentes, pero faltando á la severa exigencia de la historia y ultrajando la venerable dignidad de nuestro héroe; y antes mil veces romper la pluma que rendirla y humillarla al servicio del necio vulgar!

JOSÉ ZAHONERO





## LA BANDERA ROJA Y GUALDA

**M**IL veces la habéis visto ondular al aire, imagen augusta de la patria. Ella preside cuantas solemnidades, cuantas fiestas y gloriosas desventuras la patria celebra y conmemora. Lo que también me atrevo á creer es que, con haberla visto desde que á la luz se abrieron vuestros ojos, ignoráis su gloriosa historia y el origen de sus colores. La enseñanza ha progresado mucho, pero adolece todavía de fundamentales defectos. Hoy se os enseña, con preferencia á todo, oraciones, versos y comedias en francés. Es verdad que los más no comprendéis una jota de lo que decís; pero, en cambio, los que no os entienden os rinden inconsciente admiración. Es muy conveniente saber idiomas; mas cuando se domina el nacional, es muy plausible conocer la historia de otros pueblos, pero indispensable y de rigor conocer antes hasta el último detalle de la historia de la patria.

Era por el año 873, siglo IX, época de Vifredo el Velloso, primer conde soberano de Barcelona. La ciudad con-



Lo que sucedió con la muñeca

dal era feudataria de Carlos el Calvo, rey de Francia y de Aquitania. Su bandera era, pues, la de su señor. Vifredo, guerrero animoso, sentíase fuertemente contrariado de ser tributario del rey de Francia. Su constante ambición era sacudir el yugo que le avasallaba; pero, noble y leal hasta el fanatismo, jamás quiso rebelarse contra su emperador. Esperaba una ocasión que legalmente le permitiese conquistar la deseada independencia; y esa ocasión, cuando desesperaba de encontrarla, se la depuró Dios.

En lucha constante con los normandos, Carlos el Calvo pasaba su vida en

Ayuntamiento de Madrid



los campamentos. Sus feudatarios le auxiliaban cual debían, y á ellos debió muchas veces el éxito de sus victorias. Un día, luchando con sus enemigos, la batalla se empeñó seriamente. El rey contemplaba desde su tienda la lluvia de flechas, las nubes de polvo, el aire que levantaban los pelotones al cruzarse, y el huracán que formaban la mezcla de espadas, lanzas, mazas, azconas, dagas, catapultas y pendones. Los normandos avanzaban cada vez más y el rey se consideraba ya su prisionero, cuando un nuevo campeón con grandes refuerzos cayó sobre el campamento, arrollando á los normandos y poniéndolos en dispersión.



Teresita

De pronto cae herido el vencedor caudillo. Trasladado á la tienda real, el rey levantó la visera de su casco, reconociendo á Vifredo, que espontáneamente había corrido en su auxilio. Rendido de gratitud, le dijo:—Si mueres, Vifredo, Barcelona será siempre el primero de mis estados; si vives, libro á tu pueblo de mi feudo y te nombro su rey y soberano.

—Por si vivo,—contestó Vifredo,—señalad á mis pueblos las armas que han de usar en sus escudos.

El rey mojó entonces su mano con la sangre que manaba de la herida de Vifredo, y, pasándola luego por el escudo de oro que brillaba en su coraza, grabó en él cuatro líneas rojas. Con tu sangre has salvado mi corona,—le dijo;—honra con tu sangre á tus estados.—Un escudo de oro con cuatro barras de sangre, y una corona conde por cimera, fué desde aquel día el distintivo de los condes de Barcelona, y más tarde de los reyes de Aragón. Cuando, en 1472, Fernando II de Aragón y V de Castilla se unía en matrimonio con Isabel *la Católica*, en las condiciones estipuladas para verificar la union de los dos reinos

se acordó que los colores de las barras de Aragón fuesen adoptados desde entonces para la bandera nacional.

Ya sabéis, pues, por qué es roja y gualda nuestra bandera, nunca humillada ni vencida, fiel guardadora de la integridad de la patria, y digna de llevar, como lleva, junto al rojo color de la sangre, el gualdo, que brilla inmaculado y puro como reflejo de eterno sol.

A. OZORES





## LA RAMILLETERILLA

Su madre vende flores, y su padre remienda calzado.

Es la niña más conocida de Valencia, y gusta más de que la aprecien por su bondad que no de que la alaben por su hermosura, porque tiene una humildad que le sienta mejor que su vestidito color de rosa de los días de fiesta, y un buen espejo en que mirarse: la honradez de su madre.

Ambas son muy devotas de la Virgen de los Desamparados, que en aquella ciudad se venera tanto como en Zaragoza la Virgen del Pilar, y no pasa un día que no acudan á visitarla en su monumental capilla.

Gruñe el remendón y arma frecuentes peloterías con la madre y la hija,



Teresita

porque él quisiera que trabajasen todo el tiempo que emplean en la iglesia, y es hombre que limita sus devociones á ir á misa los días festivos y confesar una vez al año.

Murmura además porque la niña tiene la costumbre de regalar á la Virgen los ramos más bonitos, mermando así los ya escasos productos de la venta.

No es un malvado, pero la ruindad de sus pensamientos y su tacañería le hacen antipático á todo el mundo.

El último invierno fué muy riguroso en Valencia, dando motivo á una gran escasez de violetas.

—Mira,—dijo el zapatero á su mujer;—los primeros ramos se pagan triple que otros años: conque... aprovechaos de la ocasión, que yo tengo poco trabajo y necesitamos dinero.

—Vaya, hombre, que no nos faltará. Mañana empezaré á venderlas; pero lo que es las primeritas... son para la Virgen.



Replicó el remendón de peor talante que solía, y á la mañana siguiente la niña se dirigía á los Desamparados con un precioso ramo de violetas en cada mano.

\* \* \*

Al atravesar la plaza de la Catedral, se detuvo, porque cruzaba un magnífico carruaje blasonado.

Una señora joven y hermosa que iba dentro, se asomó á la puertezuela contemplando los ramos, y al mismo tiempo hizo señas á la ramilleterilla para que se acercase y dió orden de detenerse al cochero.

—Vicentita,—le dijo;—¿qué quieres por ellos? Son lindísimos.

—Nada, señora marquesa: estos ramos no los vendo.

—¿Cómo no?... ¿Los tienes comprometidos para otra parroquiana?

—Sí, señora... para otra parroquiana,—contestó ruborosa la niña, después de unos momentos de vacilación.

—Pero ¿cuánto te da por ellos? Yo, por tenerlos, te daré doble.

—Esa parroquiana no me ha dado nunca dinero, y me paga siempre muy bien.

—¿Quieres decirme quién es?—prorrumpió la dama, picada de la curiosidad.

—En aquella capilla está, señora marquesa. Es la Virgen de los Desamparados.

Conmovida la noble señora por la devoción de la niña, sacó de su bolsillo unas monedas de plata, diciendo:

—Lleva, pues, los ramos á la Virgen; pero toma... yo te los pago en su nombre.

Posó Vicentita sobre sus violetas la dulcísima mirada de sus ojos garzos, y moviendo la airosa cabeza murmuró:

—Perdóneme V., señora marquesa, pero no me atrevo á recibir dinero por lo que es para la Virgen. Ya me comprará V. otros ramos.

\* \* \*

Y se alejaba ya de la gran señora, dejándola prendada de su delicadeza, cuando un hombre, que observaba la escena oculto en un portal, salió rápidamente, atajó el paso á la niña, le arrancó los ramos de las manos dándole un empujón, y se los presentó á la del coche, diciendo:

—Tenga V., señora marquesa, que mi hija es una simple.

Pero la noble dama le rechazó, censurando severamente su brutalidad y añadiendo:

—Lejos de ser una simpleza lo que ha hecho la niña, es tan digno de alabanza, y revela sentimientos tan elevados, que, si V. y su madre me lo permiten, estoy resuelta á tomarla bajo mi protección: haré que la eduquen como merece, y cuidaré de su porvenir.

Avergonzado el zapatero, dió las gracias á la marquesa con palabras entrecortadas por la emoción, aceptando su generoso ofrecimiento; abrazó á su hija, y momentos después se arrodillaba con ella ante la Virgen de los Desamparados, á quien indudablemente debían tan gran beneficio.

Los dos ramos de violetas, que entonces le ofreció Vicentita, iban mojados con el rocío de sus lágrimas; pero eran lágrimas de inefable gozo.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL





El niño y los monos

## ✧ NUESTROS GRABADOS ✧

### LA VENDIMIA DE LOS NIÑOS

Subido en la escalera está Luisito, tocando casi los dorados racimos de uvas que penden sobre su cabeza, y de los cuales ha cogido ya uno.

Ayuntamiento de Madrid



—Amiguitos míos,—dice á sus compañeros;—será preciso cogerlas todas antes de la noche, aprovechando este hermoso día. Vamos, tú, Juanito: alarga la cesta, y que haga lo mismo el otro niño, pues la tía necesita esta fruta, y quiero darle una sorpresa llevándole toda la que hay.

Los hermosos racimos llenan pronto las cestas, no sin que los jóvenes vendimiadores prueben la fruta de vez en cuando; pero de pronto se presenta la mamá, y grita:

—¿Qué es esto? ¡Baja de esa escalera, Luisito! No quiero que toques las uvas; y, además, sería muy fácil que te cayeras.

—Mamá,—contesta Luisito;—la tía me ha dicho que deseaba se recogiese toda la fruta hoy, porque una helada podría echarlas á perder. Mira: ya tenemos una cesta llena, y no tardaremos en acabar nuestra tarea.

Los otros niños unen sus ruegos á los de Luisito, y la mamá, sin hacer más oposición, les deja terminar su vendimia.

### EL OTRO PAÍS DE ADOLFO

El bueno de Adolfo se acercó una mañana á su madre, muy compungido, arrastrando por el suelo su gorrita de dormir, y con aspecto triste, como si le aquejase alguna pena.

—Mamá,—dijo;—he soñado que en otro país había un ángel que iba por todas partes con una bandeja llena de tortas, manzanas y otras cosas buenas para los niños que tienen hambre.

—¡Pobre hijo mío!—contestó la madre.—Seguramente es muy triste que ese ángel no venga por aquí; pero ya buscaré yo, y tal vez encuentre algo de lo que tú deseas.

Así diciendo, la mamá fué á la cocina, de donde salió á poco con una rabanada de pan y manteca cubierta de azúcar.

Precisamente era aquello el manjar favorito de Adolfo, que dió un beso á su mamá para manifestar su agradecimiento.

Turco, el perro de la casa, disfrutó también algo del almuerzo del chico, porque éste no se olvidaba nunca de dar algo al noble animal, al que consideraba como su único compañero de juego.

—En el otro país que yo soñé,—dijo Adolfo,—había muchos niños y niñas para divertirse; pero aquí no los veo nunca.

—Sí,—contestó la madre;—pero allí no verías un perro como nuestro fiel Turbo.

—Ciertó es que no; y ahora verás qué dócil es.

Así diciendo, el niño hizo sentar á Turbo, y entretúvose en ponerle su gorro de dormir, prestandose el animal, con la mayor docilidad, al capricho de su infantil amo.

Quando se cansó de este pasatiempo, el niño comenzó á sentir sueño, porque hacía mucho calor, y apoyó la cabeza en el cuerpo de Turbo, que, comprendiendo, sin duda, la necesidad del niño, se colocó bien. Poco tiempo después, los dos quedaron profundamente dormidos, vagando por ese «otro país» en donde Adolfo pensaba haber vivido antes que su madre le encontrase.

### LO QUE SUCEDIÓ CON LA MUÑECA

La muñeca Blanca era la más grande y la mejor de Lucía. Habíanla traído de París. Tenía los ojos azules y el cabello rizado, y de sus labios no desaparecía nunca la sonrisa.

Una mañana, al despertar Lucía, no encontró su muñeca.

Su mamá y el aya la buscaron por toda la casa sin conseguir encontrarla; y, como Lucía lloraba desesperadamente, su mamá resolvió comprar otra, mas la niña quería la de París.

Pocos días después, hallándose el criado, á quien llamaban Perico, ocupado en limpiar el sótano, Lucía bajó á verle. El buen hombre quería mucho á la niña, y procuraba siempre complacerla en todos sus caprichos. A los pocos momentos bajó también el perro, y, como comenzase á escarbar en un montón de ceniza, Lucía quiso impedirselo.

—Déjale, hija mía,—dijo Perico;—déjale escarbar, que eso no le hará daño.

El perro parecía buscar alguna cosa, y, después de remover algún tiempo la ceniza, vióse aparecer un objeto extraño.

—Será un hueso,—dijo Perico.—Pero, al coger el objeto, desprendiendo la ceniza, Lucía gritó, saltando de contenta:



—¡Oh! ¡Es mi muñeca de París!

Y lo era, en efecto; pero su cabello estaba muy sucio, y el carmín de las mejillas había desaparecido.

—No importa,—dijo Lucía;— ésta es la muñeca que yo quiero, y la prefiero á cualquiera otra.

Había estado enterrada muchos días, y, á no ser por el perro, tal vez hubiera permanecido allí mucho más. La mamá puso á Blanca cabello nuevo, y pintó sus mejillas, dejándola otra vez fresca y rozagante.



El girasol y la vid

### TERESITA

La encantadora Teresita se levanta una mañana muy temprano, coge sus zapatitos, se los pone á duras penas, pues no tiene fuerza suficiente, y, sin decir á nadie nada, sale por la puerta del jardín para dirigirse al prado próximo, donde las flores embalsaman el aire y los pajarillos dejan oír sus gorjeos.

Poco después resuena la campana, anunciando la hora de almorzar. Todos los niños acuden al punto, pero no se ve á Teresita.—¿Dónde está?—pregúntanse todos. El papá baja al jardín, busca en el patio, registra toda la casa y no la encuentra.

Entretanto la niña, después de corretear á su antojo cogiendo flores y contemplando las avcillas, se ha sentado en el suelo, apoyándose en el tronco de un árbol, porque ya



está cansada; y allí, bajo la influencia de la dulce brisa primaveral, muy pronto queda sumida en profundo sueño.

Así la encuentra su papá; pero ¿cómo reñirla? Levántala suavemente del suelo, llega con ella á casa sin que su sueño se interrumpa, y la sienta á la mesa. Entonces Teresita abre los ojos, y murmura:—¡Ay! Soñaba que había ido al parque y que las avecillas cantaban á mi alrededor.—Su mamá sonríe, y, en vez de reprenderla, da un beso á su encantadora Teresita.

### EL NIÑO Y LOS MONOS

El papá de Enrique llevó á éste á una exposición zoológica, y, después de haber pasado



El anillo de Natalia

revista á los elefantes, á los leones, tigres y osos, fueron á ver los monos. En el camino, el padre compró dos naranjas y dióselas á Enrique.

El muchacho se guardó una en el bolsillo para comerse la otra, y, al pasar entre las jaulas de perros, gatos y monos, parecía cuidarse más de la fruta que llevaba en la mano que de los animales. Al llegar frente á una jaula en que había tres micos, Enrique chupaba la naranja con toda su fuerza.

Uno de aquéllos tenía el aspecto muy grave; otro abría la boca, pareciendo que se reía; y todos miraban al chico, alargando las manos. No les era dado hablar; pero, si hubiesen podido hacerlo, seguramente habrían dicho: «Danos la mitad.»

La naranja era muy dulce, y Enrique no tenía el menor deseo de partirla con los monos, por lo cual volvió la espalda á fin de evitar que le pidieran.

Sin embargo, no anduvo bastante listo, pues el mono más grande, alargando el brazo cuanto pudo, le arrancó la naranja de la mano. El chico quiso recobrarla; pero, mientras se esforzaba para conseguirlo, otro mono le quitó la que llevaba en el bolsillo.

Enrique comenzó á llorar entonces, y su padre le consoló comprándole otras dos naranjas, previniéndole, al mismo tiempo, que no se acercase otra vez tanto á las jaulas.



## EL GIRASOL Y LA VID

Un girasol que se ostentaba en la pared de un jardín, junto á una vid, volvióse hacia ésta un día, y díjole con orgullo:

— ¡Cuánto darías por tener el hermoso aspecto que en mí admiran todos! Mira mis brillantes colores, mis dorados matices: hasta el mismo sol debe juzgarme digno de ocupar un trono; mientras que tú, trepando humildemente por la pared, no tienes más que tu verdor,



El anillo de Natalia

y, mientras que yo levanto mi cabeza para mirar al sol, tú debes limitarte á ocupar una pared.

Pasaron algunos días: el orgulloso girasol comenzó á marchitarse, sus vivos colores desaparecieron, y el viento, la lluvia y el granizo hiciéronle inclinarse hasta el suelo. Pocos días después, una hermosa dama fué á pasear por aquel sitio, y, fijando su atención en los verdes pámpanos de la vid, cogió algunos delicadamente.

El girasol quiso elevar de nuevo su cabeza para protestar contra aquella preferencia de la dama; pero los pocos pétalos que aun tenía cayeron al suelo, y, mustia y cabizbaja, la orgullosa flor debió devorar silenciosa su resentimiento al ver que todos pasaban á su lado sin dirigirle una mirada siquiera, mientras que la vid seguía creciendo y ostentándose lozana, aunque sin tener los ricos colores de que tanto alarde hacía el girasol. La belleza es pasajera.



## EL ANILLO DE NATALIA

Natalia había perdido su anillo, un anillo de oro que su tía Juana le había regalado diciéndole que no debía ponérselo hasta que el dedo le hubiese crecido un poco; pero la niña desobedeció, poniéndoselo cierto día que fué á ver á su amiguita Fany. Cuando volvió á casa, vió, con sorpresa y profundo pesar, que ya no lo llevaba en el dedo.

—Esto me ha sucedido por desobedecer á mi tía,—pensó la niña;—pero en lo sucesivo tendré buen cuidado de hacer lo que ella me diga.

Algunos días después, la buena señora dijo á Natalia:—Voy á ver á una amiga mía que tiene el niño enfermo, y quiero llevar un poco de ruda. Corre al campo y tráemela: ya sabes donde yo la cojo.

Natalia estaba jugando con su muñeca, y no le agradaba mucho que la molestara.

—También hay en el jardín,—contestó.

—La del prado es mejor,—repuso su tía.

Natalia deseaba volver cuanto antes á su ocupación favorita, y al pasar por el jardín pensó:

—Llevaré la ruda de aquí: mi tía no sabrá nada, y así despacharé antes... No,—añadió después;—me he prometido obedecerla siempre, y es preciso hacerlo.

Así pensando, Natalia llegó al prado, y, cuando cogió la ruda, llamóle la atención un objeto brillante, y dejó escapar un grito de alegría: era el anillo perdido.

La niña corrió á su casa, y, presentando el objeto á su tía, exclamó:

—Ahora sé cómo lo perdí: fué al pasar sobre la cerca el día que fui á visitar á Fany.

La tía limpió el anillo, dejándolo tan hermoso como antes; y Natalia, abrazando á su tía, confesóle que había estado á punto de desobedecerla, pero que se había arrepentido, y que su recompensa era, sin duda, el hallazgo del anillo cuya pérdida sentía tanto.

## EL PRIMER NIDO

La hembra de un gorrión estaba en la rama de un olmo, y otras avecillas de su especie parecían muy atareadas á su alrededor. Saltaban á cada momento, y recogían las briznas de yerba seca y las pajas, remontando después el vuelo hacia el sitio donde se proponían anidar. Muy pronto volvían á buscar nuevos materiales, y entre tanto la hembra las miraba con atención.

—¿Por qué estás así ociosa en el árbol?—le preguntó un jilguero.—Mejor fuera que trabajases como nosotras, pues pienso que te hará falta también un nido.

—Sí: también quisiera tenerlo, pero no puedo encontrar material para fabricarlo, pues á mí no me agradan las pajas y las briznas secas, y yo necesito heno y pelo.

A pesar de esta contestación, la hembra comprendió muy pronto que no debía permanecer ociosa en el árbol, ocupándose sólo en mirar como trabajaban las demás avecillas, tanto más cuanto que le era indispensable preparar también su nido; y, en su consecuencia, bajó á tierra, pensando que, si buscaba bien, encontraría seguramente lo que necesitase.

La hembra del gorrión comenzó por elegir un sitio conveniente; después recorrió las cercas de las granjas, y no tardó en recoger abundante yerba seca, que debía servirle para revestir exteriormente su nido; después acercóse á un pasto, y halló suficiente lana y pelo con que formar un blando lecho para su progenie.

El nido quedó terminado muy pronto, y la hembra del gorrión mereció los aplausos de las demás avecillas por su actividad y lo bien acabado de su trabajo. Ya debía comprender que en el mundo se encuentra todo si se quiere buscar bien.





## LA FAMILIA HONRADA

*(Continuación)*

Los hijos de Frankland no podían sufrir la idea de que ingresase su padre en una casa de caridad, y le ofrecieron espontáneamente una suma formada por todo lo que cada uno de ellos había ganado, á fin de poder pagar de esta manera el alquiler de la cabaña que habitaba. Frankland sabía que si aceptaba aquel dinero sus hijos se encontrarían necesitados de él, y, así, respondió con lágrimas en los ojos:

—Queridos hijos: os quedo muy agradecido á vuestra bondad, pero no puedo aceptar la oferta que me hacéis. Puesto que no soy capaz de valirme, no quiero que por una falsa vergüenza deba causar la desgracia de mis hijos. No quiero ser una carga para vosotros, y prefiero la caridad pública á las liberalidades fastuosas de algún rico. Nada me hará vacilar en llevar adelante la resolución que he hecho: he determinado irme á vivir en la casa de caridad de Monmouth... (vamos, escuchadme con paciencia, hijos míos) á vivir en esa casa durante un año, en cuyo tiempo no veré á ninguno de vosotros, á menos de no caer yo enfermo. Os recomiendo formalmente no tratéis de verme hasta trascurrido este plazo. Si entonces, reuniéndoos, os creéis capaces de sostenerme sin perjudicaros, aceptaré con reconocimiento, para el resto de mis días, lo que vuestro buen corazón os inspire.

Sus hijos le aseguraron que ganarían dinero bastante para sostenerle sin perjudicarse en nada, mucho tiempo antes de trascurrir el año, y le conjuraron á que les permitiese hacerlo desde el momento que podrían; pero él permaneció inquebrantable y exigió de ellos la promesa solemne de que obedecerían y no tratarían de verle más hasta trascurrido dicho plazo, después de lo cual se despidió de ellos tiernamente.

—Sé, mis queridos hijos,—les dijo,—que tenéis ahora los más graves motivos para trabajar y portaros bien. Dentro doce meses volveremos á hallarnos juntos, y espero que la reunión será tan alegre como penosa es ahora nuestra separación.

Los hijos consiguieron, no sin trabajo, les permitiese acompañarle hasta su nueva morada.

La casa de caridad de Monmouth era muy superior á otras instituciones de igual carácter. Este establecimiento se compone de reducidas habitaciones arregladas con un aseo y cuidado muy notables. Forman una hilera de casitas de campo, delante de cada una de las cuales hay un jardín lleno de groseleros y sangüesos, y todo linaje de plantas útiles que los ancianos asilados cultivan por sí mismos. Las habitaciones están muy apropiadas á su destino, y cada individuo encuentra en su propia morada cuanto tiene menester; por lo cual no hay allí nunca aquellas disputas por cosas de poco momento; que tan frecuentes son en los establecimientos benéficos dirigidos con poca previsión. Los pobres que lo tienen todo en común, se vuelven inevitablemente quisquillosos.

—Mirad,—exclamó el viejo Frankland mostrando la brillante vajilla de estaño colocada en el vasar de la chimenea de su cocinita.—Ya veis que no careceré aquí de nada; por lo mismo, no soy tan de agradecer.

*(Se continuará)*



## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Cuadrado numérico: 2936, 3629, 6293, 9362.—Rombo: C, Pío, Circo, Oca, O.—Criptografía: Calderón de la Barca.  
Charadas: Camisa.—Partido.—Cucaracha.—Manolo.

## CHARADAS



El primer nido

—¿Prima tertia que primera?  
—Prima prima dos tertia.

Doña segunda y primera  
tiene un hijo... ¡buen muchacho!  
que en vez de pasar el día  
en el cuarta tertia cuatro,  
en el todo se entretiene  
y pasa muy buenos ratos.

En la cuarta con la prima  
(que es una ciudad de España),  
una noche muy oscura  
por una todo pasaba;  
y un matón que en ella había  
de esta manera gritaba:

—A tertia con primera  
desafío con mi espada,  
y su carne dos con quinta  
me la como en ensalada.—  
Yo, por burlarme, al oír  
aquellas baladronadas,  
le contesté con desprecio  
repitiéndole la cuarta.

Tercera y prima en la guerra,  
la segunda conjunción,  
y de mi todo se ocupa  
la historia de esta nación.

Una charadita,  
salga bien ó mal,  
me ha ocurrido ahora  
por casualidad.

Quinta y tres palabra,  
no se vuelve atrás  
á no ser que sea  
por casualidad.

Consonante es prima,  
la tertia vocal,  
y no dos con quinta  
por casualidad.

Con cuarta y tertia  
nombre formarás  
que sólo hallar puedes  
por casualidad.

Del todo lectores  
no os digo más...  
¡A ver quién lo acierta  
por casualidad!

Está tan tertia y cuarta  
ese todo que allí ves,  
y en su primera y segunda  
sabe trabajar tan bien,  
que á primera repetida  
nadie le pudo vencer,  
ni á trabajar con más brío  
en la prima dos y tres,  
y con esto queda dicho  
cuanto tienes que saber.

Tercera primera y tres  
se llama el que tres primera;  
y el que prima tertia prima,  
prima tertia prima tertia;  
y todo le llaman todos  
al que prima con dos lleva.

MANUEL LUIS VICIOSO

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.